

La insurgencia salvadoreña y el ciclo de los movimientos armados en América Latina

Irene Sánchez Ramos

El 31 de diciembre de 1991, unos cuantos minutos antes que finalizara el año, la delegación del gobierno salvadoreño y la Comandancia General del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) firmaban en la sede de la ONU el documento que daba fin a las negociaciones por la paz en El Salvador. Unos cuantos días después, el 16 de enero de 1992 en la Ciudad de México, ambos grupos firmaban el Acta de Chapultepec que dio por terminado el conflicto bélico. El 1º de febrero de ese mismo año, la Comandancia General del FMLN llegaba a San Salvador dispuesta a convertir a las cinco organizaciones que conforman el Frente en un partido político que participaría de las lides electorales. Se cerraba así un periodo de la historia del país y se abría otro con características distintas.

Tras estos hechos, han surgido una buena cantidad de análisis sobre el proceso político salvadoreño que han tratado el problema desde ángulos diversos: los cambios producidos en el sistema político, el proceso de negociación, los efectos de la guerra, así como otros de carácter más coyuntural como el ritmo de cumplimiento de los acuerdos, el panorama electoral, etcétera; todos ellos apuntando ya sea a una sistematización de los acontecimientos de la década pasada, ya sea planteando posibles tendencias para el futuro mediano.

Estos análisis —muchos de ellos producto de la necesidad de planificar la práctica política actual— han abierto la puerta a los recuentos y las sistematizaciones. Ahora que el conflicto ha limado su arista militar y se ha trasladado al ámbito de lo eminentemente político, el tiempo para el análisis es más amplio. Con todo y que no es nada despreciable la cantidad de estudios sobre el caso salvadoreño, me parece que existe una línea analítica cuyo tratamiento ha sido mínimo: la que se refiere al significado que tiene el proceso salvadoreño en el ámbito de la historia de la lucha armada en América Latina. Además de la importancia que los Acuerdos de Paz tuvieron para este país azotado por una cruenta guerra de poco más de una década, para el conjunto de América Latina tiene una significación igualmente profunda: la firma de los Acuerdos de Paz

simboliza el cierre de un ciclo del proceso de lucha por la toma del poder a través de la vía armada.

Si bien, además del FMLN, otras organizaciones político-militares desplegaron su acción en la década de los ochenta, me parece que el estudio de la insurgencia salvadoreña aporta elementos significativos. El FMLN representa, desde mi punto de vista, una de las organizaciones insurgentes que reunió con la mayor amplitud y profundidad todos los elementos de la estrategia revolucionaria que se inaugura a principios de los años setenta, la cual dio lugar a la formación de lo que en ese entonces se dio en llamar "organizaciones de nuevo tipo".

Desde el inicio del proceso de negociación surgieron diversas preguntas en torno a las razones por las cuales uno de los movimientos insurgentes más poderosos de América Latina había aceptado asumir la negociación si no se encontraba en una situación de reflujo y mucho menos de derrota. Para algunos, esto se debía a la renuncia a los objetivos estratégicos iniciales, para otros, se trató de un viraje necesario en función de preservar la acumulación política. Cualquiera de estas dos respuestas son, en última instancia, más que la causa, el efecto de un fenómeno importante: la estrategia que impulsó el FMLN había llegado a un punto de agotamiento tal, que mantenerla hubiese significado la pérdida de la fuerza acumulada durante más de una década.

Más allá de estas u otras conclusiones para el caso particular del proceso salvadoreño –por lo demás, sujetar a debate–, el fenómeno político que culminó con la conversión del FMLN en partido político tras la firma de los Acuerdos de Paz, tiene un significado especial para el conjunto de América Latina por cuanto es la expresión del cierre de un ciclo que se abrió hacia los primeros años de la década de los setenta en nuestro continente. Es precisamente este ámbito de análisis el que se ha abordado muy marginalmente.

Este escrito es producto de las primeras reflexiones que apuntan a recuperar la experiencia de la insurgencia salvadoreña antes de su conversión en partido político, en función de caracterizar los diversos periodos transitados por la izquierda latinoamericana que ha optado por la vía armada. En el fondo de la cuestión prevalece la interrogante ¿esta vía se ha cerrado definitivamente? ¿es –como aducen muchos– una ruta que ha caducado?

De la ofensiva de 1981 a la ofensiva de 1989: historia de una guerra y una insurrección que no coincidieron

Si en alguna forma pudiésemos condensar la razón por la que una insurgencia tan poderosa como la salvadoreña –representante de un también poderoso movimiento de masas– no logró su objetivo de tomar el poder, me parece que sería el que los "tiempos de la guerra" y los "tiempos de la insurrección" siempre

estuvieron desfasados. Así ocurrió durante la primera ofensiva de enero de 1981 y se repitió en la de noviembre de 1989.

La primera gran ofensiva del FMLN –instancia de unidad que se forma en octubre de 1980– estuvo precedida por un periodo de enorme efervescencia del movimiento de masas.¹ En los primeros meses de 1980 los brotes insurreccionales se hicieron cada vez más frecuentes, pese a la profunda represión desatada por la Junta de Gobierno; las cinco organizaciones político-militares, cuya inserción con el movimiento popular se da a través de sus respectivos frentes de masas, consideran que la fuerza militar con la que cuentan es absolutamente insuficiente para lanzar la insurrección y que, en esas condiciones, sería un suicidio. Decretan, entonces, un compás de espera que durará algunos meses mientras a gran velocidad resuelven problemas que van desde la logística, hasta los concernientes al proceso de unidad.

Mientras tanto, el movimiento popular sigue activo y en las calles. Paulatinamente, hacia el último trimestre de 1980, la represión irá minando la fuerza del movimiento de masas; la segunda huelga general de ese año convocada por las organizaciones político-militares se realizará en agosto, pero ya mostrando los signos de agotamiento del movimiento de masas y su entrada a una fase de reflujo.

No obstante, considerando que éste podría reactivarse tras el periodo de preparación de la insurrección, el FMLN lanza la ofensiva general el 10 de enero de 1981 y hace el llamado a la insurrección. La parte militar del plan se despliega en medio de una situación que no permite la generalización del levantamiento. No en las ciudades –donde sólo se dan algunos brotes–, pero sí en el campo. Son precisamente estas insurrecciones en el área rural las que permitirán que la fuerza guerrillera se “implante”, se desarrolle, consolide y haga fracasar uno tras otro los planes contrainsurgentes.

Así, existiendo la mayor parte de los elementos que teóricamente deberían estar presentes para el “asalto final al poder”,² el resultado fue distinto al propuesto: no hay tal toma del poder, pero sí se da la apertura de un nuevo ciclo ascendente dentro del proceso. Da inicio la guerra propiamente dicha y el

¹ Este periodo, iniciado hacia 1977 tras el escandaloso fraude electoral, irá creciendo en intensidad a lo largo de ese año y hasta el golpe de Estado que organiza la juventud militar en octubre de 1979; este intento fracasa, y con él la última oportunidad de detener el avance del movimiento de masas desde una posición de apertura política mínima. Entre octubre de 1979 y marzo de 1980 se realiza una serie de reacomodos al interior del grupo gobernante y el ejército, lo cual culminó con el desplazamiento del sector democrático de las fuerzas armadas. Con ello se abre plenamente un periodo de represión masiva enfilada a descabezar al poderoso movimiento de masas tras cuya fuerza se encuentran las cinco organizaciones que, en octubre de 1980, se unirán formando el FMLN.

² Básicamente, crisis generalizada en el país, resquebrajamiento del bloque hegemónico, fortaleza del bloque opositor, alto nivel organizativo.

despliegue de la fuerza político-militar del FMLN. El reloj de la guerra no coincidió con la hora que marcaba el ánimo insurreccional y las condiciones favorables dentro del movimiento de masas; el acompañamiento militar a la insurrección se logró consolidar cuando ésta ya no tenía posibilidad de ser.

El esquema estratégico se mantuvo. Desde 1981 el trabajo político con las masas estuvo dirigido a preparar una eventual insurrección aunque bajo el supuesto de que su preparación podría llevar años; mientras tanto, el desarrollo de la fuerza militar se profundizó, tanto en lo que toca a la desarticulación de los diversos planes contrainsurgentes del ejército, como en el estrechamiento del vínculo con la población tanto rural como urbana.³

Durante el periodo que va de 1981 a 1989 diversos factores confluyeron para hacer variar de manera importante la situación política nacional. No corresponde a este escrito el abundar sobre las causas y características de tales cambios,⁴ pero sí quisiera apuntar de manera general lo que me parece son los factores relevantes que transformaron la situación.

1. La estrategia norteamericana impulsada durante la administración Reagan. Sin duda, este es uno de los factores de mayor impacto en la región en general y en las situaciones nacionales centroamericanas. Con el ascenso de Reagan al poder da inicio la aplicación de una estrategia económica, política y militar en función de recuperar a nivel mundial la "hegemonía perdida" durante el periodo de James Carter. En América Latina, el caso-prueba lo constituyó Centroamérica, concretamente el gobierno sandinista y las insurgencias salvadoreña y guatemalteca. Frente a Nicaragua, el objetivo fue revertir el proceso; frente a las insurgencias de la región, su total aniquilamiento. Por efectos de esta política, los conflictos nacionales rebasaron sus propias fronteras y llevaron a la región al peligro inminente de guerra generalizada.⁵
2. El movimiento popular, por su parte, vivió modificaciones tanto en lo referente a su composición —por ejemplo, surgieron nuevos actores producto de la guerra misma, como los desplazados, los refugiados; o

³ Una caracterización muy interesante del movimiento popular en base a aspectos organizativos, se encuentra en: E. Valencia, y E. Ruiz, *Periodización del movimiento popular en El Salvador*, Ponencia presentada en el VIII Congreso Centroamericano de Sociología, Guatemala, 10-15 de octubre, 1988.

⁴ Este tema lo desarrollo en otro escrito. Véase "El Salvador: la construcción de nuevos caminos", en Carlos Vilas (Coord.) *Democracia emergente en Centroamérica*, México, CIIH/UNAM, 1993.

⁵ Para un análisis sobre la estrategia norteamericana de la "era Reagan" y sus repercusiones en la región centroamericana, véase Lilia Bermúdez *Reagan contra Centroamérica. Guerra de baja intensidad*, México, Siglo XXI, 1988.

producto de la crisis económica, como los llamados trabajadores informales-, como a su estructura organizativa.

3. Por otra parte, el panorama político salvadoreño fue transformándose conforme transcurría la guerra. Desde mi punto de vista, tres fueron los aspectos que, al enlazarse, motivaron cambios esenciales: por un lado, el proceso de institucionalización que, tras el impacto de la ofensiva insurgente de 1981, inició el gobierno salvadoreño y que tuvo como objetivo principal lograr un nivel aceptable de legitimación tanto nacional como internacionalmente, a fin de apuntalar en última instancia el plan contrainsurgente; por otro lado, producto de este proceso, el gobierno debió abrir ciertos espacios que –independientemente de la intención– significaron un “respiro” dentro de una situación política altamente polarizada; el tercer aspecto tiene que ver con el ascenso, en medio de esta situación, de un sector de la clase dominante portadora de un proyecto “modernizador”, que poco a poco empezó a cobrar fuerza e inició el desplazamiento de la oligarquía tradicional.
4. Un cuarto elemento que intervino en la transformación del panorama nacional, provino del contexto regional. La firma de los Acuerdos de Esquipulas para la pacificación regional en agosto de 1987 marcó un giro importante en el ámbito centroamericano. De una situación donde el riesgo de enfrentamiento militar regional era inminente –producto de la acción del gobierno norteamericano– el conflicto se trasladó al ámbito de lo político.⁶ En forma sumamente resumida, podríamos decir que la principal consecuencia del nuevo clima político regional fue que el diálogo y la negociación se fueron convirtiendo cada vez más en el arma principal de los gobiernos centroamericanos para enfrentar los conflictos internos.

⁶ En realidad, el gobierno norteamericano y sus aliados regionales mantuvieron los mismos objetivos: revertir el proceso sandinista y derrotar a las insurgencias salvadoreña y guatemalteca. La diferencia está en que el énfasis se trasladó, por así decirlo, de lo militar a lo político. Según el documento firmado en Esquipulas –cuya primera redacción se hizo a fines de 1986 ante la sorpresa de los estrategas norteamericanos, quienes meses más tarde lograron introducir su propia valoración de cómo pacificar la región–, la “desmilitarización” de la región se alcanzaría por tres caminos: reducción de armamento, democratización de los países y negociación con los alzados en armas. Más que los dos primeros, el último aspecto tuvo destinatarios concretos: el gobierno sandinista, para obligarlo a negociar con la “contra” (además, por supuesto, del necesario “retorno a la democracia” que debía emprender); el FMLN y la URNG para negociar con los gobiernos respectivos bajo las condiciones que éstos marcaran. En el mediano plazo se hizo evidente que los Acuerdos de Esquipulas fueron una más de las aristas del enfrentamiento contra el gobierno sandinista y las insurgencias. Tras la derrota electoral del FSLN y la negociación en El Salvador, ¿quién ha intentado desempolvar los Acuerdos?

En otro escrito trabajé sobre lo que considero los objetivos “implícitos” del plan de paz regional. Véase “El conflicto centroamericano entre la reunión de Esquipulas y la reunión de San José”, en *Política: Teoría y Acción*, República Dominicana, año 9, núm. 97, abril de 1988.

La salida negociada llegó a obtener tal grado de legitimación que negarse a ella, acarrearía costos políticos cada vez más grandes tanto para las insurgencias, como para los gobiernos que enfrentaban conflictos armados.

Así, las transformaciones en estos cuatro grandes factores (la política norteamericana, el movimiento popular, el contexto político nacional y el contexto regional) hicieron que variara de manera sustancial la situación nacional que imperó a fines de los setenta y a partir de la cual la insurgencia construyó sus parámetros de acción.

Lógicamente, la estrategia no varió al mismo ritmo que el contexto cambiaba. No obstante, a lo largo del proceso es posible detectar algunas modificaciones importantes. Sólo por mencionar un ejemplo significativo: el paso de la Plataforma de Gobierno Democrático Revolucionario en 1980 a la propuesta de Gobierno de Amplia Participación Popular en 1983 y, más adelante, el documento "Propuesta a la Nación. La revolución democrática" en 1990, marca la transformación a nivel programático y la adaptación a una situación que ya se percibía distinta. El documento de 1983 fue producto de una de las primeras grandes discusiones al interior del FMLN sobre el rumbo de la revolución.⁷

Más allá del programa delineado, el FMLN continuó en esencia con la estrategia original para la toma del poder: guerra e insurrección se mantuvieron como los ejes principales alrededor de los cuales giró el trabajo organizativo. No obstante, también comenzó a delinearse al interior la posibilidad de una solución política al conflicto. De hecho, durante varios años se trabajó en una doble vía: por un lado, continuidad en la guerra e impulso al trabajo organizativo con el movimiento de masas en función de la insurrección; y, por otro, acciones concretas en relación al diálogo y a la eventual negociación con el gobierno.

Uno de los momentos más importantes donde es posible ver que la línea de la solución política va cobrando fuerza es la propuesta electoral que el FMLN lanza en enero de 1989. En ella, por primera vez en lo que iba del conflicto, la insurgencia propone una serie de medidas para dar credibilidad al proceso electoral —evento que se realizaría en marzo de ese año—, cuyos resultados (si realmente se cumplía el requisito de transparencia indudable) el FMLN acataría independientemente de la fuerza política que resultara vencedora. Si bien la

⁷ Si bien este documento tiene poco efecto inmediato, es posible detectar en él dos elementos que tendrán gran importancia más tarde: por una parte, el FMLN atisba que la situación en su conjunto ha cambiado y que el planteamiento de un gobierno sólo de las fuerzas de izquierda podría no ser viable; por otra parte, en este documento se encuentra el germen de lo que será el esquema de diálogo-negociación de la insurgencia, por lo menos hasta antes de la ofensiva general de noviembre de 1989.

propuesta provocó un gran revuelo nacional, no fue aceptada y las elecciones se llevaron a cabo resultando vencedor el partido ARENA.

De esta manera, la propuesta de enero de 1989 fue uno de los primeros signos de lo que, más tarde, sería el proceso de viraje estratégico dentro del FMLN. Mientras tanto —y en la medida en que se sostiene la estrategia original de toma del poder—, la preparación de la ofensiva de noviembre seguirá su curso.

En efecto, el 11 de noviembre de 1989 da inicio una de las ofensivas insurgentes más impactantes y generalizadas de todo el periodo de guerra.⁸ No obstante su contundencia y el "amirconamiento" en el que pone al ejército durante los primeros días, nuevamente no se presentó el otro factor clave: la insurrección popular. Nadie podría dudar de la presencia del pueblo en el lanzamiento de la ofensiva; sin él hubiese sido prácticamente imposible llevarla a cabo, desde la secretividad que una operación de este tipo requiere, hasta la existencia de cuadros políticos, casas de seguridad y simpatizantes que permitieron el traslado de armas y avituallamientos hasta la capital del país y otras ciudades importantes. La disposición por participar y/o apuntalar la ofensiva estuvo presente; lanzarse a la insurrección, era otra cosa.

El FMLN no tomó el poder, pero la ofensiva fue de tal contundencia que provocó un cambio radical en el panorama político: para todas las fuerzas políticas quedó claro que la única solución viable al conflicto era iniciar seriamente la negociación. El FMLN, el gobierno, el ejército, la oligarquía —cada uno por sus propias razones y con valoraciones distintas—, así como el gobierno norteamericano y la comunidad internacional representada por la ONU, asumieron la ruta de la negociación. Los Acuerdos de Ginebra, firmados el 27 de abril de 1990, son el primer paso de una negociación entre el FMLN y el gobierno salvadoreño que será ya de carácter irreversible.⁹

Si se ve no sólo desde la perspectiva militar, sino también en sus aspectos político-organizativos, la ofensiva de noviembre de 1989 reunió y desplegó en toda su amplitud los elementos que hicieron a la estrategia del FMLN. El reloj de la guerra y el de la insurrección no lograron sincronizar sus horas. Si en 1981 se debió básicamente a un escaso desarrollo de fuerza militar en la insurgencia, en 1989 el problema radicó en un cambio drástico de las condiciones nacionales e internacionales. En 1989 la estrategia se había agotado.

⁸ Una periodización de la ofensiva se encuentra en: *Boletín CECARI*, núm. 14, dic.1989-enero 1990; para un análisis del contexto véase *Revista ECA*, San Salvador, Universidad Centroamericana José Simeón Cañas, año XLV, enero 1990.

⁹ En otro trabajo hicimos un recuento del proceso de diálogo. Véase "Caracterización del proceso de diálogo-negociación en El Salvador", en *Estudios Latinoamericanos*, CELA/FCPyS, núms. 6-7, enero-diciembre de 1989.

El proceso cubano, referencia imprescindible

Con el triunfo de la Revolución Cubana se inaugura un periodo de gran optimismo con respecto a las posibilidades de acceso al poder por parte de las organizaciones revolucionarias. La experiencia cubana fue asumida como la muestra de que la toma del poder podría ser una realidad y que, además, la vía correcta era la lucha armada. A partir de esto en diversos países latinoamericanos se emprenden esfuerzos por conformar organizaciones guerrilleras cuyo objetivo fue la toma del poder para construir el socialismo.

Basadas en el "esquema cubano", estas organizaciones partían de la idea de desarrollar un esfuerzo militar como punto de apoyo al despliegue de un trabajo político con las masas. A partir de la creación de un núcleo básico que iniciaría las acciones armadas, se irradiaría a cada vez más amplios círculos de la sociedad la necesidad de incorporarse a la lucha. Esta concepción estratégica surge básicamente como producto de un análisis del proceso cubano que, desde mi punto de vista, fue incorrecto.

Para explicarlo en forma sumamente sintética, el espíritu que alentó la formación de los movimientos guerrilleros latinoamericanos en los sesenta partió de una visión "incompleta" de la Revolución Cubana (en buena medida divulgada desde la misma Cuba), en el sentido de exaltar los aspectos militares en detrimento de otros elementos de carácter político-organizativo. Será hasta la mitad de la década de los setenta cuando cobra fuerza -y se difunde de manera más amplia- una interpretación donde se rescata el largo y paciente trabajo de los dirigentes de masas y el papel crucial que el movimiento popular tuvo en la definición del proceso cubano.

Sin embargo, la visión generalizada sobre el triunfo de la Revolución Cubana tenía que ver casi exclusivamente con los aspectos propiamente militares: la formación de un núcleo a partir de un número relativamente pequeño de combatientes, el desarrollo de las acciones militares, la entrada triunfal a La Habana, etcétera. Reducido a casi nada quedó el importantísimo trabajo de masas y, sobre todo, *el vínculo entre este trabajo y el esfuerzo militar.*

Lo grave fue que de esa visión derivó una estrategia (comúnmente conocida como "foquismo") que demostró ser incorrecta y que más allá de la respuesta contrainsurgente -por lo demás, profundamente violenta y en muchos casos de enorme contundencia-, tenía gravísimos errores de fondo.

De todos es conocida la forma en que este esfuerzo concluye: el exterminio de prácticamente todos los núcleos guerrilleros. Los movimientos insurgentes de esta década fracasaron debido básicamente a la existencia de dos elementos que se conjugaron: la contundencia del plan contrainsurgente (asesorado y financiado por el gobierno norteamericano) y el error de fondo que contenía la estrategia

guerrillera. El endeble contacto que se tenía con el movimiento popular en la fase inicial de construcción del núcleo armado facilitó en gran medida los éxitos del plan contrainsurgente; en los casos en que dicho núcleo guerrillero había logrado cierto nivel de consolidación, el tipo de relación establecida con las masas igualmente se convirtió en el "talón de Aquiles" de la insurgencia.

Así, los aspectos de estrategia política tuvieron efectos nefastos en el terreno militar: en tanto el pueblo fue visto como *apoyo* a las acciones militares y no como *parte de las mismas* —en función de lo cual se ejecutó la estrategia de organización del pueblo— el plan contrainsurgente fue cosechando éxitos: bastaba aislar al núcleo guerrillero, o bien implantar el terror entre la población para evitar tanto el crecimiento de la guerrilla como el enlace con la población. Después, asestar el golpe militar final venía casi como una consecuencia lógica.

El triunfo de los guerrilleros cubanos inauguró, pues, un ciclo de gran efervescencia que concluye dramáticamente con la muerte del Che en Bolivia. En ese lapso, en Brasil, Venezuela, Colombia, Nicaragua, Guatemala, las experiencias guerrilleras dejarán su huella no obstante que, algunas de ellas, desaparecerán bajo la política de exterminio.

Las organizaciones político-militares: gramática y estrategia

En un principio se dieron en llamar "organizaciones de nuevo tipo", etiqueta que si bien anunciaba su pretensión de marcar la diferencia con respecto a organizaciones insurgentes ya conocidas, en realidad no decía mucho acerca de donde radicaba lo novedoso. Más adelante, algunas organizaciones empezaron a exigir que se les denominara como político-militares, así, con un guión intermedio.

No se trataba de un capricho gramatical: era la expresión de una concepción estratégica. Es decir, no eran organizaciones que trabajaran lo político y lo militar de forma separada —en lo cual había consistido el "error" básico de sus predecesoras—, sino ambos aspectos conjugados en una sola línea de acción. A partir de esto, dejaron de autodenominarse "organizaciones de nuevo tipo" para convertirse en organizaciones "político-militares".

En efecto, su formación es producto de la *crítica* a la estrategia para la toma del poder que desarrollaron las organizaciones guerrilleras de los años sesenta. Las organizaciones que surgen en los primeros años de los setenta,¹⁰ se alejan del "esquema cubano" en el siguiente sentido: el *quid* del problema organizativo

¹⁰ La ubicación que hago de una fecha tan precisa como "los primeros años de los setenta" es tan sólo como una referencia basada en que el peso de su acción política es evidente durante esa década. En términos

inicial no estaba en formar un núcleo con preparación militar que *después* se insertaría en el movimiento de masas; sino, por el contrario, del movimiento de masas surgirían los cuadros políticos que, asumiendo la nueva modalidad estratégica, irían preparando simultáneamente las condiciones militares. En términos de trabajo organizativo, esto provocó un cambio significativo: los integrantes de las organizaciones político-militares debían tener no sólo formación militar, sino experiencia en el trabajo de masas y relación estrecha con ellas desde un principio.

Si pudiéramos esquematizar algo que por sus implicaciones políticas es tan complejo, diríamos que la relación se invierte: la fuerza militar debería construirse *desde, y no para*, el movimiento de masas. La toma del poder estaba precedida, por tanto, del esfuerzo organizativo que se realizara en ambos sentidos.¹¹

En el ámbito centroamericano, las organizaciones que durante los años setenta iniciarán (o redefinirán) su acción y, posteriormente, durante los ochenta se convertirán en actores políticos de primer orden en sus países son: el FSLN en Nicaragua, el FMLN en El Salvador, la URNG en Guatemala. De éstas, el FMLN fue la agrupación insurgente que logró desarrollar con más alcance y profundidad prácticamente todos los elementos de la estrategia: amplio trabajo organizativo con el movimiento de masas, combinación de distintas formas de lucha, trabajo diplomático de gran alcance, desarrollo en la práctica de su propuesta en las "zonas bajo control", todo esto sustentado en un vasto despliegue de fuerza militar construida a pesar de las condiciones geográficas adversas al desarrollo de la lucha guerrillera.

Apuntes para un debate

Los brotes armados no dejarán de generarse "sólo" porque los parámetros mundiales han cambiado; afirmar esto, sería tanto como creer que los movimientos

estrictos, no todas las organizaciones político-militares centroamericanas surgen exactamente a principios de los años setenta, como podría ser el caso de las que conformaron el FMLN. La guerrilla guatemalteca o los primeros núcleos organizados de lo que después será el Frente Sandinista de Liberación Nacional, surgen antes de los setenta.

¹¹ Cabe aquí una aclaración: como en todos los ámbitos, los matices suelen ser importantes y en la acción política lo son más aún. En este caso, no todas las organizaciones político-militares vieron la ruta de la insurrección como la más apropiada para la toma del poder; para algunas, el camino correcto fue prepararse para una "guerra popular prolongada" (que finalmente concluiría con una insurrección, pero tras un periodo largo). Las discusiones internas fueron extremadamente agudas y, en algunos casos, provocaron la formación de "tendencias", mientras que en otros, dieron lugar a rupturas y formación de otras organizaciones. Pero dejando a un lado este aspecto, el eje que unificó la estrategia de las organizaciones político-militares fue el hecho de que, independientemente de la ruta, era fundamental "reunir" en un solo trabajo organizativo lo político y lo militar.

armados de "izquierda" (para llamarlos de manera genérica) han surgido como producto de factores externos. No olvidemos que su formación responde, en última instancia, a condiciones internas específicas, independientemente de que estemos o no de acuerdo con la ruta que han elegido. Y son esas condiciones (miseria, explotación, autoritarismo, represión) las que no han cambiado, por más que hoy se vistan en algunos casos con ropajes distintos. Es por ello que, en términos de planteamiento de tendencias, resulta un error dar por sentado el fin, desde hoy y para siempre, de la existencia de movimientos armados.

En ese sentido, el centro del debate debería estar en el análisis de la viabilidad de un proyecto que eligiera la vía armada dentro de un contexto que indiscutiblemente se ha transformado.¹² Es evidente que el mantenimiento de un esquema estratégico con la misma estructura del que caracterizó a las décadas anteriores, tendría escasas posibilidades actualmente, aún cuando se impulsara con algunas readecuaciones. De hecho, la construcción de nuevos caminos implica algo más que readecuaciones. Involucra, por el contrario, el replanteamiento de muchos aspectos profundos. Quisiera referirme de manera muy general a por lo menos tres de ellos:

1. La vía de la revolución. Pensar en la vía armada como *la única* posible dentro de un proceso de cambio revolucionario es un error, sobre todo si se piensa que en América Latina existe en términos generales un nivel importante de desarrollo organizativo y una acumulación de experiencia en diversos campos de lucha. El problema no radica en la falta de organización de la sociedad sino, probablemente, en la dispersión de los distintos esfuerzos organizativos; en todo caso, las sociedades latinoamericanas en mayor o menor medida han alcanzado un nivel tal de organicidad, que no podría ser desconocido por un eventual movimiento armado. La vía armada en estas condiciones estaría llamada a coexistir con otras formas de lucha impulsadas incluso por otras fuerzas dentro de un amplio abanico.
2. El carácter de la revolución. Como parte del impacto generado por el desmoronamiento de las experiencias socialistas europeas, se ha puesto en la mesa de discusión tanto el concepto de socialismo, como su viabilidad o no en países como los nuestros. No corresponde a este escrito analizar los términos de este debate; sólo quisiera mencionar que una organización armada no haría girar su estrategia *necesariamente* en función de tomar

¹² No está de más puntualizar que no nos referimos aquí a proyectos ubicados en una lógica terrorista; éstos también toman las armas para cambiar un estado de cosas determinado, pero existe un abismo muy grande con respecto a organizaciones políticas que asumen la vía armada.

el poder para construir el Socialismo. Aún si este objetivo se mantuviera, es ineludible pensar en objetivos "intermedios" –por llamarlos de alguna manera y que no por serlo, dejan de ser fundamentales–. Así las cosas, cuestiones como, por ejemplo, la democratización profunda, más allá de nuestros sistemas políticos, pasan a ocupar un lugar destacado.

3. La toma del poder. Cuando se piensa en términos de la viabilidad o no de un movimiento armado en las actuales condiciones, implícitamente se alude a la cuestión de la toma del poder. Esta alusión sería correcta si pensamos en futuros movimientos armados que se mantuvieran dentro del mismo esquema estratégico del pasado. Sin embargo, la viabilidad o no de una nueva experiencia armada tendría que pasar por un replanteamiento de ese objetivo. En las actuales condiciones es muy difícil que una organización armada llegue al poder por efecto de su propia acción; sería más bien la suma de los diversos esfuerzos políticos –donde uno más sería el de la organización armada– la que permitiría el triunfo de una opción de cambio radical. Y esto sería así en la medida en que una organización armada no es *la única portadora* del proyecto revolucionario: por el contrario, éste se nutre de una diversidad de fuerzas, cada una de las cuales tiene una forma de lucha específica.

Como mencionamos arriba, la necesidad de explicarse el porqué de la derrota de los movimientos guerrilleros de los años sesenta generó un debate centrado fundamentalmente en la estrategia *política y militar a seguir para la toma del poder*. Es decir, las organizaciones político-militares en los setenta no cuestionaron ni el objetivo estratégico (la toma del poder por las armas), ni el carácter de la revolución (la construcción del Socialismo). El debate se centró en *el camino a seguir para lograr los objetivos estratégicos*. En efecto, si algo permanece a lo largo del periodo que va de los sesenta hasta fines de la década de los ochenta es el objetivo que anima a las diversas experiencias insurgentes: todas ellas aspiran a tomar el poder para construir el Socialismo.

Tras el agotamiento del ciclo de las organizaciones político-militares, la situación a nivel mundial ha variado a tal grado que la posibilidad de que se abra un nuevo ciclo de luchas armadas depende de un cuestionamiento a fondo de *todos los elementos* que hasta ahora han constituido la estructura de pensamiento y acción de los movimientos armados.

En relación a sus objetivos, la estrategia de toma del poder por la vía armada en América Latina sólo ha tenido en tres décadas dos experiencias triunfantes: Cuba y Nicaragua. Una de ellas vive en estos momentos un periodo de graves dificultades; la otra perdió en las urnas el poder al que llegó por las armas. Por si fuera poco, el ambiente con respecto a la repetición de experiencias armadas

en el continente es de completo escepticismo, cuando no de total negación en cuanto a su viabilidad.

Así las cosas, ¿tiene sentido reflexionar sobre las experiencias armadas en América Latina? Aún si lo viésemos como un pasado que no regresará, me parece que es necesario, al menos para retenerlas como parte de la historia; pero si pensamos que la historia no ha concluido, no sólo es necesario, sino urgente.